

Hijos pero también siervos

por Félix Ángel Palacios

Me llama la atención nuestra disposición a considerarnos hijos de Dios, esa nueva identidad que él nos da al incluirnos en su Hijo amado como partícipes de su cuerpo y de su sangre. Siempre me emociona el amor de Dios y la entrega de Cristo por nosotros.

Somos hijos, sí, nos sabemos amados, cuidados, valorados y perdonados por nuestro Padre. Nuestras canciones giran mayormente en torno a estos hechos: «me amas», «me perdonas», «me cuidas», «me guías», etc. Pero, ¡Ay!, existe otra cara en la misma moneda de la que no cantamos tanto: la de que además de ser hijos de Dios, somos también sus siervos.

En el encabezamiento de las epístolas, los apóstoles no se presentan como hijos de Dios sino que lo hacen como sus siervos. A lo largo de toda la Biblia nos encontramos constantemente con este calificativo de siervo o sierva en quienes le obedecen, y muy pocas veces con el de hijos: «He aquí la sierva del Señor, hágase conmigo según tu palabra»; «Pablo, siervo de

Jesucristo...»; «Santiago, siervo de Dios...»; «Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo...». ¿Son todos hijos? ¡Por supuesto!, pero su tarjeta de presentación es la de siervos.

¿Y qué es un siervo? En nuestro entorno nos resulta bastante difícil imaginar qué significaba ser un siervo en el siglo I de nuestra era, ese *doulos* que aparece en los originales griegos del Nuevo Testamento y que nos habla de personas que no tenían derechos sobre su vida, sólo obedecer lo que el amo o ama les ordenaban. Siervo y esclavo suelen ser sinónimos en el lenguaje bíblico, conceptos ambos que no acabamos de entender bien y, por lo tanto, no incorporamos correctamente a nuestro corazón. En realidad no nos creemos mucho eso de que Dios nos mire o nos trate como siervos. Sólo contemplamos que lo

haga como hijos y además con el concepto de hijos que muchos tienen hoy día: hijos que se creen los reyes de la casa y que cuando algo no les gusta, se enfadan.

Si tú eres un hijo de este tipo para con tus padres carnales, es fácil que te relaciones con Dios en estos mismos términos. Pero si eres un siervo, ¡ay, amigo, esto ya es otra cosa! Nada de protestas, nada de quejas, nada de morritos ni de malas caras por no tener o no hacer lo que se quiere, por no ser tratado como un niño o una niña de papá.

Nos resulta fácil hacernos a la idea de que somos hijos de Dios, hijos amados, especiales, entrañables, queridísimos, pero nos cuesta mucho asimilar la otra cara de la moneda, la de que somos siervos de Dios. Algunos hemos sido criados en un ambiente excesivamente protector e indulgente que nos hace creernos con derecho a todo y sin apenas obligación de nada. Esto lo extrapolamos a Dios y, claro, nos quedamos estupefactos cuando él permite que pasemos por situaciones que no nos gustan como hijos, pero que son habituales para los siervos.

¿Quién fue el más siervo de todos, el siervo de los siervos, el más humilde, manso y obediente hasta la extenuación más absoluta? Pues ni más ni

Nos resulta fácil hacernos a la idea de que somos hijos de Dios, hijos amados, especiales, entrañables, queridísimos, pero nos cuesta mucho asimilar la otra cara de la moneda, la de que somos siervos de Dios.

También en este número:

Francisco de Encinas	3
Reflexiones tras una entrevista	4
El camino de la paz, Colombia	6
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: virgen	8



menos que el Hijo predilecto: «Y aunque era hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia» (Heb 5,8). Fue un hijo que lo pasó fatal precisamente por ser eso, hijo. Y es que para Dios, hijo y siervo son las dos caras de la moneda.

Nuestra milicia

Pablo habla del servicio al Señor como en una milicia: «Las armas de nuestra milicia no son carnales sino poderosas en Dios...» (2 Co 10,4); «Epafrodito, compañero de milicia...» (Fil 2,25); «Timoteo, milita la buena milicia...» (1 Ti 1,18); «Arquipo, nuestro compañero de milicia...» (Flm 1,2). Es la forma de entender la vida en esta Tierra como cristianos siervos y soldados lo que tanto nos cuesta asimilar desde la mentalidad de ser hijos príncipes o hijos reyes.

«Pedro, ¿me amas? Apacienta mis corderos y mira, cuando seas viejo te crucificarán por causa de mi nombre» (Jn, 21,18-19). ¿Nos sentiríamos defraudados si Dios nos presentara un futuro como el de Pedro o similar? Es imposible imaginarse a un legionario romano lloriqueando y quejándose ante el general porque no le gusta lo que se le ha encomendado, porque el enemigo es muy malo, por las largas caminatas, el trabajo duro, el frío, el calor, la comida, y porque además le pueden matar o herir. Sin embargo nosotros hacemos esto mismo a menudo. Nos quejamos. Contemplamos la vida cristiana desde la mentalidad del «hijo de papá» que está en su casita calentito, con su duchita diaria, su mesa puesta, sus caprichos de vez en cuando, etc., y no desde una mentalidad de milicia, esa que da por buenos todos los sacrificios, privaciones, desvelos, etc., porque sabe que la vida militar es así.

Hagamos una sencilla prueba para saber cómo andamos de mentalidad de siervo o miliciano: Fijémonos en cuántas personas de nuestro alrededor agradecerían un saludo, una llamada o un mensaje por el móvil interesándonos por ellas. Que les invitáramos a tomar un café, a charlar un rato, o simplemente que las acariciáramos con una sonrisa cuando pasan a nuestro lado. Estos disparos de amor no son mucho pedirle a un soldado de

Cristo, la verdad, pero mira cómo de nuestro interior surge el famoso y universal argumento con el que solemos resolver estas y otras cosas: «Es que no me apetece»; comparable al de «No me sale» o «Qué le voy a decir yo...».

Podemos hacer esto y mucho, muchísimo más, por la sencilla razón de que Dios mora en nosotros con toda su espectacularidad, gracia y benignidad. Si somos lo suficientemente mansos como para dejarnos llevar, él nos proveerá de toda la munición que necesitamos para estar todo el día disparando luz, benignidad y todas esas cosas que tanto brillan en la oscuridad y tanto hermocean la vida. «Quereos unos a otros locamente», traduce Dionisio Byler 1 P 1,22 (*Hablar sobre Dios desde la Biblia*) ¿Locamente? ¡Por supuesto! ¡Estamos totalmente pertrechados por Dios para hacerlo!

La estrategia de mi Comandante en Jefe me ha colocado aquí, en esta trincheras personal e intransferible que es mi vida, trincheras en la que peleo cada día y doy por bueno lo que venga. Soy hijo de Dios pero también siervo del Camino, la Verdad y la Vida. Tengo unas órdenes que cumplir y lo voy a hacer alabando a Dios y dándole gracias, porque lo considero un privilegio.

En la trincheras

La idea de la trincheras puede ser una alegoría de la vida del creyente con mentalidad de hijo y a la vez soldado en esta Tierra.

La trincheras sería la circunstancia de nuestra vida. Es lo que decía nuestro ilustre filósofo Ortega y Gasset: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo...». Una vez que nos ponemos en las manos de Dios, convertimos nuestra vida y su circunstancia en una trincheras del Reino de la Luz, el lugar estratégico en el que él nos coloca para disparar a diestro y siniestro la única munición que existe en el mundo que en vez de matar, da vida: Caricias de benignidad. Palabras de Verdad. Obras de misericordia.

¿Cuál es nuestra circunstancia, nuestra trincheras? ¿Una profesión? ¿Un período de formación? ¿El paro?

Si somos lo suficientemente mansos como para dejarnos llevar, él nos proveerá de toda la munición que necesitamos para estar todo el día disparando luz, benignidad y todas esas cosas que tanto brillan en la oscuridad y tanto hermocean la vida.

¿Un cuerpo sano, joven, fuerte y con buena capacidad intelectual? ¿Un cuerpo débil o deteriorado? ¿La ancianidad? ¿La soltería? ¿La familia? ¿La vecindad? ¿Un ministerio en la iglesia?... ¿Cuál es nuestra trincheras? Cuando la descubrimos, sea la que sea y esté como esté, sabemos que ese es el lugar de nuestro combate diario pero también de nuestra gloria, un término por cierto muy del gusto militar.

La trincheras es un lugar de alabanza, gratitud y oración. De ella surgen las mejores canciones de esperanza y la mejor predicación que podamos hacer. Pablo y Silas cantaban himnos a Dios en la cárcel de Filipos (Hch 16,25). Es evidente que no tenían mentalidad de niños mimados, sino de soldados de una milicia en la que no resulta nada extraño pasar noches en una cárcel, ser azotados por la prueba o ser perjudicados por obedecer al Señor.

En nuestra trincheras particular, cada uno descubrimos que esto de la guerra espiritual va en serio, que hay daños, heridas, privaciones y muerte, momentos de enorme soledad y confusión. Pero la estrategia es cosa del General, que nos dice: «No tengas miedo, sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de vida» (Ap 2,10).

Y aquí estamos. Esta y no otra trincheras es la circunstancia en la que el Señor nos ha puesto por alguna razón. Y aunque tenga sus pegs (incomodidades, limitaciones, humillaciones, peligros, sacrificios, responsabilidades, etc.), hay también en ella mucha belleza, gracia y benignidad para la gloria de Dios.

Puede que no sea el lugar donde más nos gustaría vivir, pero aquí estaremos hasta el final o hasta que el General nos releve y lleve a otra diferente. En ella peharemos con uñas y dientes porque nuestro Comandante en Jefe así lo espera de nosotros.

El enemigo quiere convencernos de que tiremos la toalla y maldigamos nuestra suerte, de que eso de que Dios nos ama y nos cuida es pura mentira. Unas veces utiliza el argumento: «¡Sólo tienes que mirar qué asco de trinchera tienes para vivir! Admítelo, si fueras hijo o hija de Dios, no estarías así. Si de verdad te amara y se preocupara por ti, no pasarías por

esto». Otras veces dirá: «¿Para qué tienes que darle las gracias a Dios? Esto te lo has ganado tú. Eres una persona libre, capaz y autónoma que no depende de nadie». A estas alturas de la vida ya sabemos que las pruebas de fe pueden venir tanto por lo mucho que tenemos como por lo poco, ¿verdad?

Así que la próxima vez que piense en lo poco que me apetece hacer algunas cosas para Dios, en eso de «Bastante tengo yo con lo mío», o me pregunte cuál es mi función en la iglesia y en esta vida, recordaré que estoy en la trinchera del Reino. Que estoy para servir a Dios, para disparar

bendición, ayuda, intercesión, acompañamiento, sonrisas, abrazos, palabras adecuadas y todas esas cosas que podemos identificar con la caricia de Dios.

Varón de dolores, experimentado en quebrantos [...] Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció, no abrió su boca [...] Por tanto, yo le daré parte con los grandes (Isaías, 53).

Aquí tenemos al Hijo Siervo, al Grande entre los grandes. Y nosotros tenemos su mismo Espíritu.

V Centenario de la Reforma Francisco de Enzinas

Burgos, octubre — Bajo la hábil dirección de Miguel Ángel Vieira, miembro de nuestra iglesia en Burgos, se está perfilando una aportación burgalesa a la celebración mundial del V Centenario de la Reforma protestante, de 2017. En ello participa una larga lista de instituciones privadas, municipales y de Castilla y León, además de las iglesias evangélicas.

Vieira ha sido siempre la persona que más nos ha ayudado a recuperar la memoria de los inicios frustrados del protestantismo en Burgos, y por ende en Castilla, en el siglo XVI. Vive con auténtica pasión la historia de los mártires protestantes ajusticiados por la Inquisición en aquella época en los autos de fe celebrados en Valladolid. Algunos de aquellos castellanos protestantes fueron burgaleses.

Francisco de Enzinas no murió por obra de los inquisidores, sin embargo, aunque pasó algo más de un año en sus mazmorras. Él y su esposa murieron de la peste, en Estrasburgo en 1552. (De idéntica causa natural había muerto en 1526 Conrado Grebel, uno de los líderes de la primera célula anabaptista de que se tenga conocimiento, la de Zúrich. ¡Había muchas formas espantosas de morir en el siglo XVI!)

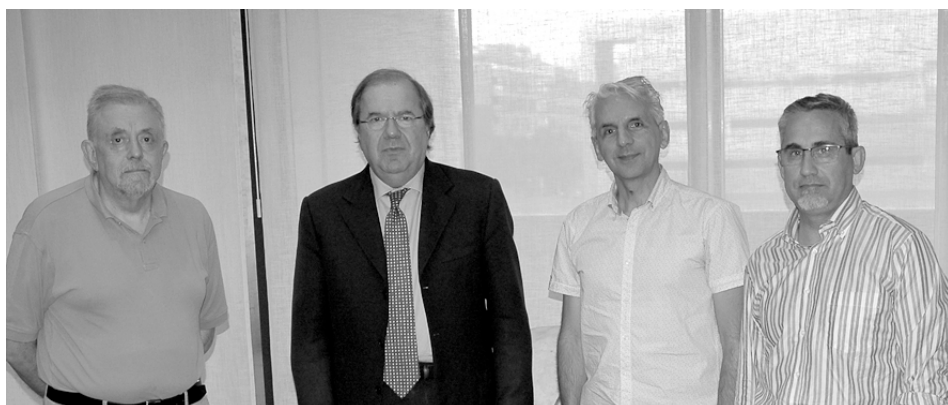
Citamos a continuación algunos párrafos recopilados del trabajo

preparado por Vieira, como parte del dossier presentado a las autoridades de Burgos y de Castilla y León, con que se ha obtenido su colaboración en nuestra celebración en Burgos del V Centenario de la Reforma.

Francisco de Enzinas es uno de los personajes más atractivos del humanismo y la Reforma españoles y europeos del siglo XVI. Ha pasado a la historia por haber realizado la primera traducción del Nuevo Testamento del griego al castellano, publicado en 1543. Autor de notables narraciones (especialmente sus *Memorias*); políglota y traductor, con importantes aportaciones tanto en el campo bíblico como en el de los clásicos grecolatinos; profesor universitario en Cambridge;

editor y cuasi comerciante de libros en el exilio. [...]

Cuando comenzaron las labores de impresión de la *Biblia* de Casiodoro de Reina en Basilea, la traducción no estaba ni mucho menos terminada, sobre todo la del *Nuevo Testamento* y, a medida que iba avanzando el trabajo de impresión, Reina se veía cada vez más apurado por el tiempo. Las esperanzas que tenía de poder utilizar la revisión del *Nuevo Testamento* que Juan Pérez de Pineda iba a imprimir en París, se vieron frustradas por el asesinato de los impresores y el secuestro de lo ya impreso en 1565. Sólo pudo disponer del *Nuevo Testamento* de Francisco de Enzinas (Amberes, 1543), revisado por Juan



Miguel Ángel Vieira y el pastor Agustín Melguizo (3º y 4º desde la izquierda) fueron recibidos con mucha amabilidad por el presidente de Castilla y León, que mostró mucho interés y prometió el apoyo institucional para los actos en honor a Francisco de Enzina.

Pérez de Pineda (Ginebra, 1556). En junio de 1567, la labor del impresor le había casi alcanzado, y entonces a Reina no le quedó otro remedio que copiar, ligeramente revisado, el texto desde la epístola de Santiago a Apocalipsis de la traducción de Enzinas. Todos los textos fueron mantenidos en la revisión de Cipriano de Valera (*Biblia del Cántaro*, más conocida por Biblia Reina-Valera, 1602) y en el resto de revisiones que este texto ha tenido hasta el día de hoy.

Por lo dicho [...] hacemos una pregunta: ¿debemos seguir llamando a esta Biblia, Reina-Valera? ¿No sería más atinado llamarla Reina-Valera-Enzinas? Según [Carlos] Gilly, si la Biblia castellana de Enzinas (perdida) se hubiera llegado a publicar, «podría muy bien, y con más razón que la de Casiodoro de Reina, figurar como texto clásico de la lengua española».

Los actos que se celebrarán en Burgos, bajo el título de **Memoria de un hombre: Tiempo de Enzinas**, se darán a lo largo de los días 29-30 de noviembre y 3 de diciembre de 2017. Incluyen un congreso sobre la Reforma y la persona de Enzinas, patrocinado por la Universidad de Burgos y la Fundación Caja de Burgos, una exposición de Biblias históricas, un concierto de música de cámara

(Ensemble Bohorque) y una obra de teatro sobre la figura de Francisco de Enzinas (Bambalúa teatro).

En Burgos la Iglesia Evangélica Comunidades Unidas Anabautistas es el resultado de la fusión entre una iglesia evangélica y otra menonita. Los anabaptistas celebraremos en 2025 nuestra propio quinto centenario de la «reforma radical». Pero no se puede negar que la Reforma Protestante brindó el caldo de cultivo que dio lugar al movimiento anabaptista, y que los líderes de éste tomaban como punto de partida lo conseguido por los reformadores protestantes.

Es notable el esfuerzo que ha hecho la Federación Luterana Mundial por desdecirse de los anatemas históricos luteranos contra los anabaptistas, y su arrepentimiento por participar en la persecución desatada hace cinco siglos contra nuestros antepasados espirituales. En Burgos, como en muchos otros lugares del mundo, hemos comprobado de muchas maneras la estrecha afinidad que existe entre estas dos tradiciones; hasta el extremo de constituir, en esta ciudad, una sola y misma iglesia.

Participaremos todos unidos, y con igual interés, en estos actos programados para honrar a Francisco de Enzinas en la ocasión del V Centenario de la Reforma. [*Dionisio Byler*]

Hace unos días me llamó una reportera de El País Semanal, con el proyecto de escribir sobre la diversidad de agrupaciones y denominaciones evangélicas en España. No le pregunté de dónde sacó mi dirección de correo, pero de alguna forma dio conmigo como portavoz de los menonitas (y anabautistas, Hermanos en Cristo, etc.) en España.

Quería que le hablara de las diferencias o particularidades de nuestras iglesias en comparación con otras iglesias evangélicas. Estuvimos hablando más de una hora y me di cuenta, después de colgar, que no le había dicho nada sobre doctrina — aparte de aclarar la obviedad de que no se nos conoce ninguna herejía sobre, por ejemplo, la Santísima Trinidad o la resurrección de Jesucristo— sino que me había tirado todo el rato contándole nuestra historia a lo largo de medio milenio: la más antigua de las iglesias no estatales.

Como ha dicho Stuart Murray — autor de uno de los libros más recientes que han salido para explicar nuestra tradición, *Anabautismo al desnudo* (Herald Press, 2012)— uno de los rasgos destacados de los anabautistas es que prefieren contar su testimonio a discutir sobre doctrinas.

Es así, en efecto, como he interpretado yo la «teología bíblica» en mi *Hablar sobre Dios desde la Biblia* (Ediciones Biblioteca Menno, 2010), una teología contada a partir de las narraciones bíblicas. Porque es así como interpreto que la propia Biblia construye su explicación de Dios: a partir del testimonio de sus experiencias con Dios. Contando la historia de sus intervenciones a favor de su pueblo.

Lo importante de Jesús es que hay que seguirle. No las ideas que tengas en la cabeza acerca de él, sino adónde te llevan tus pies y qué es lo que haces con las manos. Es en el desarrollo de ese seguimiento que iremos descubriendo quién es Cristo, cómo es Dios, y cómo su salvación impacta en nuestras vidas.



¿Te agrada compartir e intercambiar ideas?
¿Eres de los que necesita aprender y plantearse nuevos retos?

TE ESTAMOS BUSCANDO...

Reserva en tu agenda del 28 de abril al 01 de mayo
Tenemos una cita para nuestro Encuentro Menonita Español
EME 2017

Lugar: Hotel Nuba Coma-ruga, Tarragona.
Próximamente te daremos más información
EME2017@menonitas.org

Reflexiones tras una entrevista

por Dionisio Byler

No creo que nadie de otra tradición cristiana fuera a discrepar con eso. No es que esto es algo que digamos nosotros pero otros no dicen; como tampoco es que otros adoran a Cristo y tienen la Biblia como texto sagrado, pero nosotros en algún sentido no. No es una cuestión de diferencia sino de énfasis.

Algunas tradiciones cristianas enfatizan la doctrina: el tener la cabeza bien amueblada con un catálogo de ideas correctas acerca de Dios y de la Biblia. Aunque resumir esto a un solo concepto acaba incurriendo en estereotipos inútiles, podríamos decir que los luteranos, por ejemplo, enfatizan la gracia divina y los presbiterianos, la soberanía y majestad de Dios. Otras tradiciones enfatizan la experiencia: los «evangélicos» y bautistas, la experiencia de conversión y los pentecostales, los dones del Espíritu Santo. No hay generalmente nada en ninguna de estas tradiciones que las otras nieguen, aunque no le den todos exactamente el mismo peso de importancia.

Para nosotros, entonces —menonitas, anabautistas y afines—, el punto de énfasis que nos caracteriza es seguir a Jesús con la vida. Los conceptos son importantes, como lo es también la experiencia personal de Dios. Pero no nos satisface lo uno ni

lo otro si no desemboca en andar como él anduvo y en particular, perdonar como él perdonó, amar como él amó y renunciar a la venganza personal como él, que prefirió morir en una cruz antes que defender su causa.

Nada ahí que alarme a ningún otro cristiano, aunque sí tal vez sorprenda que se ponga en ello el acento más que en otras cosas.

Esta forma de entender lo que constituye ser pueblo de Dios, iglesia de Cristo, provoca con cierta naturalidad la preferencia entre nosotros a contar historias, más que entrar a debatir doctrinas. Contamos cómo surgió el movimiento anabaptista en Europa central en el siglo XVI en medio del fermento protestante. Lo que pareció a nuestros antepasados espirituales que faltaba al protestantismo. El compromiso férreo a romper con un entramado socio-político-religioso donde se daba por supuesto que por nacer en Europa se era cristiano y que según se decantaba el soberano del lugar por el catolicismo o el protestantismo, los habitantes eran por definición (y por lealtad política) de ese mismo convencimiento. Esto nos lleva a recordar nuestros mártires, que fueron miles, y cuyo recuerdo nos sigue pesando y retando hasta hoy.

Contamos de las migraciones que nos impulsaron a oriente y occidente, hasta Asia central y hasta el continente americano. Y contamos con especial entusiasmo la explosión demográfica y de diversidad racial y cultural que nos trajo recuperar, a finales del siglo XIX, el impulso misionero que había marcado a aquellos primeros anabaptistas. No somos todavía ni tan siquiera dos millones y medio, pero gracias a Dios ha quedado atrás el estereotipo del menonita como un paleta rural germánico que ara con caballos. Hoy nuestra comunidad mundial es extraordinariamente diversa y nuestros miembros participan activamente en la sociedad allí donde viven, para presentar el evangelio de Jesucristo en cada lugar.

No desbarran demasiado los muchos que nos han comparado con los judíos. Aunque ahí habría que hacer tal vez una puntualización y aclarar que la comparación tiene que ser siempre con el judaísmo de la diáspora, el judaísmo rabínico tradicional, que siempre supo que Jerusalén es una aspiración espiritual, nunca un país de verdad en esta vida presente, donde fuera posible radicarse y establecer una sociedad de fieles a la religión. Así también los menonitas no tenemos una patria propia en esta tierra. Estamos inmersos y participamos plenamente en la sociedad de cada lugar donde nos encontramos y sin embargo seremos siempre «extranjeros», aferrados a nuestra «ciudadanía celestial», anhelando cuando Cristo venga y nos reúna desde todos los rincones de la tierra. Y como los judíos, es rememorando las obras de Dios en nuestro pasado que mantenemos viva esa esperanza del futuro glorioso.

Nada aquí tampoco, sospecho, que sorprenda a ningún otro cristiano por diferente, aunque sí tal vez por el énfasis.



El camino a la paz después del plebiscito en Colombia

Fuente: Pablo Stucky, Comunicado de prensa, CMM

Bogotá, 12 de octubre — El 2 de octubre se realizó un plebiscito para que la ciudadanía colombiana avalara o no el acuerdo logrado luego de cuatro años de negociaciones entre el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP). El proceso incluyó participación de distintos grupos ciudadanos, asesores internacionales, y muy notablemente, las víctimas. El Acuerdo tiene 6 puntos temáticos: (1) Reforma rural integral—que promueve el desarrollo agrario, acceso integral a la tierra y la disminución de la pobreza; (2) la participación política incluyendo el trámite pacífico de los conflictos, el abandono de las armas para hacer política y promoción de la reconciliación; (3) el fin del conflicto armado, la dejación de las armas por las FARC y su reincorporación a la vida civil; (4) la satisfacción de los derechos de las víctimas, incluyendo la verdad, la justicia transicional que lleve a la convivencia, la reconciliación y la no repetición; (5) la solución al problema de las drogas ilícitas; y (6) los mecanismos para la implementación, verificación y refrendación de lo acordado.

El impacto transformador del proceso se manifestó en el cese bilateral al fuego y el compromiso de las FARC de adelantar sus objetivos con la palabra y no con armas. También se manifestó en escenas como cuando el jefe negociador de las FARC, Ivan Márquez, pidió perdón a las víctimas y luego fue abrazado por una de ellas en un sentido acto de reconciliación.

Sin embargo, al someterse el acuerdo a plebiscito, fue rechazado por la mayoría de los votantes.

Al votar, todos afirmarían que estaban por la paz, pero los opuestos al acuerdo dirían, «Paz, pero no en esos términos». El tema fue álgido en todos los espacios, y ciertamente lo fue en las iglesias, incluyendo las anabautistas del Congreso Mundial Menonita (CMM). Dada la fuerte campaña por el No adelantada por líderes de algunas de las grandes iglesias cristianas evangélicas, y en vista



José Ricardo Torres, un anabautista colombiano, después de una marcha por la paz en Cali, Colombia. [Foto: Marion Meyer]

del estrecho margen de diferencia, es difícil no ver el impacto determinante de las iglesias cristianas evangélicas en el resultado del plebiscito.

Quienes votaron Sí veían la bondad del acuerdo como camino para la dejación de las armas en favor de un accionar político no violento, el trabajo por la paz sin estigmatización y amenaza, la justicia restaurativa, la prioridad de las víctimas y propuestas para abordar condiciones socioeconómicas estructurales hacia cambios para bienestar del país y su población más vulnerable.

Entre quienes votaron No, las preocupaciones incluían que la justicia transicional propuesta avalara la impunidad, que no era aceptable que líderes guerrilleros participaran en política, que se les daba demasiados beneficios a los desmovilizados, que la reforma rural afectaba la economía y que la atención preferencial a las mujeres y a personas de la población LGBTI, por haber sufrido victimización selectiva, introducía una ideología de género y atentaba contra la

familia. Este último punto fue de particular preocupación para muchos en las iglesias.

Como iglesias nos queda la pregunta de cómo es posible que hayamos podido llegar a conclusiones diferentes (Sí o No), basándonos en la misma Biblia y afirmando el Señorío de Cristo. Igualmente, nos da la oportunidad de crecer en la capacidad de abordar temas álgidos sin división sino fortaleciéndonos en unidad, a la luz, por ejemplo, de 1 Co 12,7, donde se afirma que «Dios da a cada uno alguna prueba de la presencia del Espíritu, para provecho de todos».

Como iglesias anabautistas en Colombia y miembros del CMM, Dios nos ha dado la gracia de ir creciendo en la capacidad de alabar a Dios y trabajar juntos, sin desconocer que hay diferencias. Esto incluye cultos unidos y trabajo en educación para la paz, objeción de conciencia, con víctimas, atención a la niñez y con poblaciones vulnerables. En esto es importante reconocer los espacios compartidos entre las iglesias e instituciones anabautistas con el apoyo del Comité Central Menonita y el CMM. Seguramente seguiremos orando por la paz y uniendo esfuerzos, cada uno aportando desde la luz que tiene. En esta coyuntura buscamos discernir la dirección del Espíritu Santo.

Luego del plebiscito, se están realizando reuniones y espacios de trabajo entre el Gobierno y partidos y grupos opuestos a los acuerdos con miras a revisarlos hacia un consenso nacional. Si se logra, puede llevar a un acuerdo más incluyente de toda la población. Y a este proceso agregamos nuestra oración y trabajo por que otro grupo armado, el Ejército de Liberación Nacional, inicie negociaciones de paz.

Persistiremos en trabajar por la paz de Colombia, por su salvación, confiados en la promesa en Mr 4,26-29 de que la semilla crece y se recogerá la cosecha del Reino de Dios.

Noticias de nuestras iglesias



Salomé y Samuel

Burgos

16 de julio

Salomé Arnáiz González,
Samuel López Vargas

Los padres de Samuel son Esther y Heli, una familia con muchos años en nuestra iglesia. La familia de Salomé también tiene conexiones antiguas con nuestra comunidad.

Maddy y Samuel

Berne, Indiana (EEUU)

13 de agosto

Madison Kloepper
Samuel Hidalgo Soria

Los padres de Samuel son Angelines y Miguel Ángel. Fueron desde Burgos para la ceremonia en EEUU, sus padres, su hermana y familia (Brian y Noelia Fox), su hermano Rodrigo y tía Asun Soria.



Greeny y Thomas

Barcelona — El pasado 17 de septiembre celebramos el compromiso matrimonial y testimonio de amor de nuestros queridos Greeny y Thomas, en lo que resultó una ceremonia muy amena y una fiesta muy divertida. Fue un día redondo, en que se hizo realidad ese coro que dice: *Oh quin gran goig quina joia, quan els germans s'estimen...* (Oh qué gran gozo, qué alegría, cuando los hermanos se aman).



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

virgen — Una joven casta. Existen en hebreo dos términos sinónimos, *betulá* y *'almá*. Ambas palabras describen indistintamente tanto la juventud de la soltera, como la castidad o virginidad que se le presupone. En griego el término es *partenos* y es más exactamente equivalente al término castellano «virgen», como expresión de nunca haber yacido sexualmente con otra persona.

En la cultura hebrea —como entre algunas gentes hasta hoy— sufría un desprestigio importante la familia entera si una joven yacía con varón antes de casarla. La sociedad del pueblo bíblico, en ambos Testamentos y a pesar de vivir en eras y civilizaciones diferentes, fue siempre fuertemente patriarcal. En las sociedades patriarcales existe una enorme inseguridad masculina en relación con las mujeres. Esa inseguridad se manifiesta en el impulso obsesivo por controlar la sexualidad de las mujeres y categorizarlas conforme a los intereses masculinos.

La mujer en la sociedad hebrea del Antiguo Testamento se clasificaba automáticamente en tres divisiones: la «virgen», la «casada» y la «prostituta». Tanto la soltera como la casada, si tenía trato sexual fuera del matrimonio, pasaba a tener la consideración de «prostituta». No interesaba conocer sus motivaciones personales sino solamente su conformidad a las expectativas impuestas por la inseguridad obsesiva de los varones. La mujer violada, por consiguiente — como crimen civil o por la soldadesca enemiga— pasaba también a tener la consideración de «prostituta». Lo mismo sucedía con las esclavas, cuyo cuerpo estaba legalmente a disposición de su amo y de quienquiera el amo dispusiera. Por lo menos en tiempos del Nuevo Testamento, si no antes también, a la esclava se le suponía promiscuidad sexual precisamente por carecer de ninguna capacidad de controlar lo que otros hacían con su cuerpo.

La virginidad no tiene especial consideración teológica en el Antiguo Testamento. Tiene mención, sí, dentro

de los listados de tabúes sexuales que regían en la sociedad hebrea: regirse por esos tabúes era una de las formas de expresar «santidad» en relación con Dios. Aparte de eso el término carecía de interés teológico. No así la «prostitución» (es decir, cualquier tipo de experiencia sexual femenina fuera del matrimonio), que figura ampliamente en los profetas como metáfora de la infidelidad del pueblo de Israel con su «marido», el Señor su Dios.

En el cristianismo el interés principal del término recae en la madre de Jesús, conocida universalmente en castellano como «la Virgen». Esto tiene importancia teológica, naturalmente, en aquella variedad de cristianismo que considera que la Virgen, sin ser exactamente la diosa esposa de Dios, sin embargo, a todos los efectos prácticos la venera, adora y considera como tal diosa. Podemos descartar esto como una herejía en la práctica si no en teoría, sostenida por personas que desean ser considerados mono-teístas sin serlo.

Para los cristianos que se precian de fundamentar su doctrina en los apóstoles y en la Biblia, la madre de Jesús fue una buena persona, casada y normal. Aguarda, como todos los mortales, la resurrección de los muertos cuando la consumación final de los planes de Dios y la *parusía* de nuestro Señor Jesús [*parusía*: ver El Mensajero N° 159].

La virginidad de María, en el testimonio bíblico, es un detalle interesante de las circunstancias del nacimiento de Jesús, pero no se le atribuye ningún valor propio teológico. Ni Marcos ni Juan ni Pablo ni Santiago ni Judas (el de la Epístola) ni los autores de Hebreos o del Apocalipsis lo mencionan. Esto parecería indicar que en la generación apostólica se entendía que la referencia a su virginidad solamente indicaba su juventud, tal vez su recato personal como mujer honrada, y nada más. Desde luego nada de valor teológico, ni que incidiera en la obra, el ministerio y la salvación que nos trajo su hijo Jesús.

Existe, por último, la descripción de los 144 mil que en una escena del Apocalipsis tañen arpas y cantan loas al Señor: «Estos son los que no se ensuciaron con mujeres, porque son vírgenes» (Ap 14,4). El versículo concluye añadiendo que son lo más escogido ante Dios y el Cordero. Aunque los tabúes sexuales del Antiguo Testamento consideraban «sucias» a las mujeres con la regla, la idea categórica de que la mujer ensucia al varón sencillamente por serlo, es realmente sorprendente. Yo diría que hasta repugnante. Como tantas otras expresiones en la Biblia, cuando su sentido literal ofende la sensibilidad moral, hay que considerar otras interpretaciones.

Como explica J. Nelson Kraybill en *Apocalipsis y lealtad*, la «gran prostituta» en el Apocalipsis es Roma. Lo es recuperando el sentido metafórico de «prostitución» en el Antiguo Testamento, como infidelidad a nuestro «esposo» Dios. Estos 144 mil «vírgenes» del Apocalipsis, entonces, probablemente sean una cifra alegórica que indica a toda aquella multitud de fieles que no se han contaminado con la idolatría en general, ni con la idolatría de Roma en particular.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c/ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org